



SECRETARIA DE EDUCACIÓN
COLEGIO SAN JOSÉ DE CASTILLA INSTITUCIÓN EDUCATIVA DISTRITAL
Resolución de integración No. 2434 del 20 de agosto de 2002 CÓDIGO DANE 51100100429
RESOLUCIÓN DE RECONOCIMIENTO OFICIAL #7440 de la 13/11/1998 válida hasta nueva
determinación
Para los grados de educación Básica Secundaria (6°. A 9°.) y Media (10°. Y 11°.)



ASINATURA: INGLÉS GRADOS 901-902-903

DOCENTE : MARIA ALEJANDRA CUESTA C.

TERCER PERIODO 2020
Agosto 18 a Noviembre 12 de 2020

Estudiantes de grado noveno jornada tarde, esta semana iniciamos con los temas del tercer periodo académico que son los siguientes: Deben copiarlos en su cuaderno después de la portada.

OPINO Y APRENDO DE LOS DEMÁS	<u>PRODUCCIÓN TEXTUAL (Gramática, Semántica y ortografía):</u> <ul style="list-style-type: none">• Uso de las comillas y el pie de página. <u>INTERPRETACIÓN TEXTUAL:</u> <ul style="list-style-type: none">• El ensayo crítico.• Citas textuales y parafraseo. <u>LITERATURA:</u> <ul style="list-style-type: none">• El boom literario y la narrativa contemporánea.	<ul style="list-style-type: none">• Asume con responsabilidad y cumplimiento las actividades planteadas en torno a los temas propios del período.• Maneja adecuadamente procesos de escritura, teniendo en cuenta coherencia, cohesión, ortografía y puntuación.• Identifica características, obras y autores de la literatura latinoamericana abordada en el período.• Avanza en la lectura de diversos textos en el nivel literal, inferencial y crítico-intertextual.• Argumenta sus puntos de vista en intervenciones orales y respeta opiniones que difieren de las suyas.• Hace uso correcto de las herramientas y tiempos sugeridos para cada actividad
-------------------------------------	--	---

- e. ¿Tiene alguna coincidencia entre el título de la obra y el juego?
- f. Ahora busca las frases más famosas de Rayuela y selecciona las que más te llamen la atención y ubícalas en cada paso de la rayuela. Es decir que en lugar de números, o el título o el nombre del autor, estén escritas estas frases que seleccionaste así como aparece en el “suelo” que es el lugar donde inicia el juego y que está escrita la frase “andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos” y así hasta llegar al “cielo” que es el lugar donde aparece el nombre del autor.



- La política y la corrupción
- El medioambiente y la falta de consciencia de su cuidado
- La ética y la moral
- La economía y las clases sociales
- La desigualdad de género

La literatura contemporánea se caracteriza por el surgimiento de nuevos géneros o categorías, como:

- La ficción. Es un relato imaginario, aunque refleja ciertos aspectos de la vida real y de las emociones humanas.
- La novela gráfica. Es un relato extenso, con un argumento complejo y desarrollado. Se diferencia de un cuento porque el lector conoce tanto la trama como lo que sienten los personajes.
- La poesía de verso libre. Es una narración de estructura libre en lugar de emplear el verso. Algunos autores hasta se atreven a escribir de forma desordenada.
- El cuento popular o fábula. Es un relato breve sobre un tema inventado y con argumentos sencillos, que deja una enseñanza (o apólogo).
- La comedia. Es una representación de un aspecto alegre y divertido de la vida humana, narrado a través de un conflicto que termina con un final feliz.

Algunas de las obras y sus autores contemporáneos más destacados son:

- "Ficciones" de Jorge Luis Borges (Argentina)
- "Inés del alma mía" de Isabel Allende (Chile)
- "Visión de Anáhuac" de Alfonso Reyes Ochoa (México)
- "Arráncame la vida" de Ángeles Mastretta (México)
- "Donde el aire es claro" de Carlos Fuentes (México)
- "Cien años de soledad" de Gabriel García Márquez (Colombia)
- "Isla de pasión" de Laura Restrepo (Colombia)

Fuente: <https://www.caracteristicas.co/literatura-contemporanea/#ixzz6VMWaD1cl> "Literatura Contemporánea". Autor: Julia Máxima Uriarte. Para: Caracteristicas.co. Última edición: 6 de marzo de 2020. Disponible en: <https://www.caracteristicas.co/literatura-contemporanea/>.

Actividad

Con la información anterior acerca de la Literatura contemporánea, realice un mapa mental que contenga todos los aspectos mencionados.



SECRETARIA DE EDUCACIÓN
COLEGIO SAN JOSÉ DE CASTILLA INSTITUCIÓN EDUCATIVA DISTRITAL
Resolución de integración No. 2434 del 20 de agosto de 2002 CÓDIGO DANE 51100100429
RESOLUCIÓN DE RECONOCIMIENTO OFICIAL #7440 de la 13/11/1998 válida hasta nueva
determinación
Para los grados de educación Básica Secundaria (6°. A 9°.) y Media (10°. Y 11°.)



ASINATURA: INGLÉS GRADOS 901-902-903

DOCENTE : MARIA ALEJANDRA CUESTA C.

TERCER PERIODO 2020
Guía 4 Octubre 13 al 16

A continuación encontrará un texto periodístico de la Revista Semana sobre un fenómeno real ocurrido en Colombia y un texto literario (ficción) escrito por Isabel Allende "De barro estamos hechos"

1. Realice la lectura
2. Resuelva el taller

Armero y Omayra: "Los años pasan y nada se borra"

Por Nathan Jaccard, especial para Semana.com

25 AÑOS El francés Frank Fournier tomó la foto de Omayra Sánchez que le dio la vuelta al mundo y simbolizó la tragedia de Armero. El periodista le contó a **Semana.com** cómo capturó la imagen de un desastre que nunca ha dejado de indignarle.

"Me quedé todo el tiempo con ella, desde las seis y cuarto de la mañana hasta cuando se murió", recuerda el fotógrafo Frank Fournier.

Foto: Frank Fournier

Para el mundo, Armero es Omayra. La mirada profunda de esta niña de 13 años que murió después de 60 horas de agonía en el fango aún angustia a todo aquel que la ve. También revela la magnitud de una tragedia en la que 23.000 personas fueron sepultadas el 13 de noviembre de 1985 por una avalancha del río Lagunilla, que se originó tras la erupción y el posterior deshielo del volcán Nevado del Ruiz. Omayra era sólo una de las miles de víctimas, pero el fotógrafo francés Frank Fournier logró captar algo que conmovió a millones de personas. La perturbadora imagen, con la que Fournier ganó el Word Press Photo en 1986, originó una polémica por la indiferencia del Gobierno con las víctimas y su incapacidad para evitar una tragedia pronosticada. Fournier también fue cuestionado por haber cruzado el límite entre información y el voyeurismo.

Veinticinco años después de la tragedia, Frank Fournier (fotógrafo de 62 años, miembro de la agencia Contact Press Images, que ha hecho reportajes en Sarajevo, Ruanda, los atentados del 11 de septiembre, entre otros) habló de ese día que jamás se borrará de su memoria ni de las de quienes la vivieron a la distancia.



Semana.com: ¿Dónde estaba cuando lo mandaron a cubrir la tragedia?

Frank Fournier: Vivía en Nueva York, hacía fotos para Contact Press. En ese momento estaba haciendo un reportaje sobre el sida y me fui al hospital a ver a una persona con la que había trabajado. Cuando volví a la casa recibí una llamada de la agencia, eran las 11 y cuarto. Me dijeron que había una catástrofe en Colombia y que me tocaba ir, costara lo que costara.

Semana.com: ¿Cómo logró llegar a Colombia?

F.F.: Todo fue muy rápido, había muy poca información. Cinco minutos después de la llamada salí al aeropuerto, alcancé a hablar con una compañía aérea, sabía que salía un avión al mediodía. Paré en Miami, donde me dijeron que un volcán había explotado, pero no sabía en qué parte del país, no tenía ninguna noción de la geografía local. Llegué a Bogotá como a las 9 y media de la noche. No tenía visa, pero los funcionarios fueron muy amables y me dejaron entrar. Esa misma noche cogí un taxi para Armero. Eran como cuatro horas y media de carretera, llegamos en la madrugada.

Semana.com: ¿Qué fue lo primero que vio de la catástrofe?

F.F.: Era extremadamente impresionante. El clima era húmedo, fresco, más bien frío. Todo el mundo estaba muy chocado. Lo primero que vi fue gente caminando sin rumbo, como si los hubieran golpeado, era muy duro. Llegamos a Lérida (municipio a 10 kilómetros al sur de Armero), había cientos de cuerpos aliñados, despedazados, era dantesco. Hice unas fotos desde un helicóptero y volví a Bogotá en la tarde con los rollos. Me duché, comí algo y volví a subirme al carro.

Semana.com: ¿Qué hizo ese segundo día?

F.F.: Ya era sábado, dos días después de la tragedia. Llegué a las 4 y media de la mañana. Decidí irme a Armero, al corazón de la tragedia. Era complicado encontrar vías de acceso. Me fui caminando con unos damnificados, lentamente, desde Lérída. Llegamos una hora después a Armero.

Semana.com: ¿Cómo estaba Armero?

F.F.: Vi unos campesinos muy traumatizados, buscaban a sus familias, sus casas, sus cosas. Uno me empezó a hablar, me explicó que había una niña atrapada. No sé si necesitaba ayuda o qué, pero lo seguí. En ese momento llegué al lugar donde estaba Omayra. Ahí entendí.

Semana.com: ¿Cómo estaba Omayra?

F.F.: Era muy temprano, había dos o tres periodistas y unos cinco socorristas que se ocupaban de otras víctimas. Habían pasado la noche con ella.

Semana.com: ¿Qué le pasó por la cabeza en ese momento?

F.F.: No sé cómo explicarlo, cuando uno ve eso es un choque, como un temblor en mi cabeza que arrasó con todo, mis valores, la religión, mi educación. Todo queda trastornado y ya no tiene ningún valor ante la intensidad que uno está enfrentando. Esa pobre niña sufría tanto. Los años pasan y nada se borra.

Semana.com: ¿Empezó inmediatamente a tomar fotos?

F.F.: Empecé a tomar fotos, no muchas, quería documentar lo que estaba pasando. Estaba ahí como fotógrafo, como reportero, mi función es la de informar, no soy ni sacerdote ni socorrista.

Semana.com: ¿Cómo hizo para trabajar en esas condiciones emocionales?

F.F.: Me acuerdo de estar temblando, por el cansancio, llevaba varios días sin dormir, sin comer y sin agua. Estaba débil y sé que temblaba de emoción también. Forcé el rollo (técnica para tomar fotos a mayor velocidad en lugares oscuros), pues me daba miedo estar desenfocado. Lo único que pensé, profesionalmente, fue en ser lo más simple posible.

Semana.com: ¿Cómo estaba Omayra? ¿Qué hacía y decía?

F.F.: Fue muy intenso, me acuerdo de haber hablado un poco con ella, era realmente adorable. Se dio cuenta de que yo era extranjero. Me empezó a decir un par de palabras en inglés y le dio risa porque no lo lograba. Entonces sonrió y me acuerdo de haber tomado una o dos fotos de esa sonrisa. Esa foto fue ella quien la tomó, no fui yo, fue un verdadero regalo.

Semana.com: ¿Por qué un regalo?

F.F.: El poco tiempo que pasé con ella sentí que era maravillosa. Tenía la edad de mi hijo y cuando la vi, pensé que podía ser él. Me sentí muy cercano a ella y a todo lo que representaba. La imagen que deja y que le dio al mundo entero es un regalo fenomenal. No hay que olvidar que Omayra en la muerte tuvo un coraje

y una dignidad que pocas personas pueden tener. Ella sabía qué estaba pasando, pero me acuerdo que en ningún momento se quejó.

Semana.com: ¿Cuánto tiempo se quedó junto a Omayra?

F.F.: Cuando llegué, entendí que no podría vivir mucho tiempo. Me quedé todo el tiempo con ella, desde las 6 y cuarto de la mañana hasta cuando se murió, a las 9 y 16.

Semana.com: ¿Cree que habrían podido salvarla?

F.F.: Era muy difícil. Unas semanas antes estuve en el temblor de México, la sangre de las personas cuyos miembros están atrapados se comprime y se vuelve un veneno. Son necesarios equipos de reanimación que balancean la toxicidad de la sangre poco a poco, y no había esos equipos. Eso es intolerable. Cuando uno ve un niño sufrir así, y se es impotente, es realmente muy duro. Uno haría todo lo posible para salvarla, pero no era posible. Eso fue la parte más difícil.

Semana.com: ¿Qué hicieron los socorristas?

F.F.: Hicieron todo lo que podían para salvarla. Fueron de una intensidad y de una fuerza increíbles. Rezaron con ella. Uno de los socorristas hundió su cabeza entre el barro y los escombros para tratar de sacarla una última vez, le dieron un masaje cardíaco, hicieron lo máximo. Estaban destrozados. Al final le pusieron un saco de café encima, una vida se acababa de ir.

Semana.com: ¿En qué se falló?

F.F.: En Colombia no existían los equipos, y la situación política era muy complicada con la reciente toma del Palacio de Justicia. La falta más grave, y la más simple, es que el país se dio cuenta de que había que escuchar a los vulcanólogos, ellos sabían que el Nevado del Ruiz iba a producir una avalancha. Un simple plan de evacuación habría salvado a miles y miles de personas. Eso es realmente triste.

Semana.com: ¿Cómo continuó fotografiando después de la muerte de Omayra?

F.F.: Estaba ahí para trabajar, no para llorar, había miles de víctimas más. El valle estaba invadido por un enorme silencio, roto de vez en cuando por gente gritando. Era muy duro, uno camina con un peso enorme, uno se siente responsable, uno se pregunta qué habría podido hacer.

Semana.com: ¿Qué pasó con los rollos donde estaba la foto de Omayra?

F.F.: Varios colegas cogieron los rollos y se los llevaron a Bogotá, salía un avión a París el sábado en la tarde. Yo llegué a Bogotá como a medianoche y llamé a la agencia en París. Les conté que hice fotos de una niña. Cuando revelaron los negativos, se las mostraron a Paris Match (la principal revista francesa de fotorreportajes). Ya habían cerrado la edición, pero vieron a Omayra y la publicaron en portada. Y ahí fue cuando empezó todo.

Semana.com: ¿Paris Match fue el primer medio que la publicó?

F.F.: Sí, lo publicaron el jueves después de la muerte de Omayra. Yo no sabía que la habían filmado, entrevistado y la gente vio a Omayra en las noticias. Pero las fotos les parecieron insoportables, parece que la memoria no guarda con tanta precisión los videos como las fotos.

Semana.com: ¿Cuál fue el título de la portada de Paris Match?

F.F.: "Adieu Omayra" (Adiós Omayra). Esta niña era conocida, uno sólo les dice adiós a las personas que conoce.

Semana.com: ¿Cuánto tiempo más se quedó en Armero?

F.F.: Por lo menos tres semanas, de pronto un poco más.

Semana.com: ¿Cuando estaba allá sintió que su foto se volvía el símbolo de la tragedia?

F.F.: No. Hay gente que me felicitó y me dijo: "Estoy contento por ti". No podía estar contento, después de haber visto a tanta gente sufriendo. Habría preferido ser como un fotógrafo de El Espectador, que hizo una foto fabulosa. Estaba en un helicóptero, muy cerca del barro, y vio algo moverse. Le pidió al piloto devolverse y vieron a un niño que salvaron desde el aparato. El fotógrafo se ocupó del niño y pensó en adoptarlo, hasta cuando apareció el padre unas semanas más tarde.

Semana.com: Su foto hizo escándalo, le reprocharon ser voyeurista. ¿Cuál es su opinión?

F.F.: Es normal que exista una polémica por la foto, eso prueba que a la gente le parece intolerable. La polémica se fija en el fotógrafo; cuando no nos gusta el mensaje, le tiramos piedras al mensajero. El mensajero no es responsable, sólo trae el mensaje.

Semana.com: ¿No tuvo problemas con la gente?

F.F.: Me gusta que la gente reaccione por estas cosas, afortunadamente. Si la gente fuera pasiva, sería horrible. Que no estén contentos conmigo no es grave, lo importante es que reaccionen y que los turbe, que les haga hacerse preguntas, así es como progresamos como sociedad. ¿Tenemos que hacer fotos de Auschwitz o no? Si usted no las hace, hay gente que va a decir que nunca existió.

Semana.com: Había más fotos de niños, de víctimas. ¿Por qué la de Omayra se volvió un ícono?

F.F.: Por la mirada penetrante, esa es Omayra, no soy yo. Se ofrece así. Tiene algo más que los otros, es alguien extraordinario.

Semana.com: ¿A usted le gusta la foto?

F.F.: No pienso en la foto, pienso en Omayra, en la gente, en el silencio de Armero.

Semana.com: ¿Qué tanto ayudó la foto de Omayra para el resto de las víctimas?

F.F.: Omayra tocó al mundo entero, esta niñita movilizó personas que mandaron soportes financieros, campañas. Es increíble, es excepcional. Creo que tocó el corazón de la gente. Era mi responsabilidad crear un puente entre esa niña y el mundo. Si esa foto no existiera, Omayra sería sólo una víctima más.

Semana.com: ¿Conoció a la familia de Omayra?

F.F.: No, nunca.

Semana.com: ¿Ha vuelto a Colombia?

F.F.: Volví uno meses después, en junio, para la visita del papa Juan Pablo II. Volví a Armero, encontré el lugar donde murió, su tumba, es terrible, terrible. No he vuelto desde entonces.

Semana.com: ¿Cómo esa foto ha marcado su trabajo actual?

F.F.: Trabajo en la agencia Contact Press y con jóvenes del Bronx (barrio de Nueva York), les enseño a tomar fotos. Son jóvenes de origen inmigrante, pobres, pero trato de mostrarles que la foto es una cosa fantástica, que muestren sus vidas, las desigualdades, las injusticias, las cosas como son. Como con Omayra.

TEXTO 2. DE BARRO ESTAMOS HECHOS POR ISABEL ALLENDE

Descubrieron la cabeza de la niña asomada en el lodazal, con los ojos abiertos, llamando sin voz. Tenía un nombre de Primera Comunión, Azucena. En aquel interminable cementerio, donde el olor de los muertos atraía a los buitres más remotos y donde los llantos de los huérfanos y los lamentos de los heridos llenaban el aire, esa muchacha obstinada en vivir se convirtió en el símbolo de la tragedia. Tanto transmitieron las cámaras la visión insoportable de su cabeza brotando del barro, como una negra calabaza, que nadie se quedó sin conocerla ni nombrarla. Y siempre que la vimos aparecer en la pantalla, atrás estaba Rolf Carlé, quien llegó al lugar atraído por la noticia, sin sospechar que allí encontraría un trozo de su pasado, perdido treinta años atrás.

Primero fue un sollozo subterráneo que remeció los campos de algodón, encrespándolos como una espumosa ola. Los geólogos habían instalado sus máquinas de medir con semanas de anticipación y ya sabían que la montaña había despertado otra vez. Desde hacía mucho pronosticaban que el calor de la erupción podía desprender los hielos eternos de las laderas del volcán, pero nadie hizo caso de esas advertencias, porque sonaban a cuento de viejas. Los pueblos del valle continuaron su existencia sordos a los quejidos de la tierra, hasta la noche de ese miércoles de noviembre aciago, cuando un largo rugido anunció el fin del mundo y las paredes de nieve se desprendieron, rodando en un alud de barro, piedras y agua que cayó sobre las aldeas, sepultándolas bajo metros insondables del vómito telúrico. Apenas lograron sacudirse la parálisis del primer espanto, los sobrevivientes comprobaron que las casas, las plazas, las iglesias, las blancas plantaciones de algodón, los sombríos bosques del café y los potreros de los toros sementales habían desaparecido. Mucho después, cuando llegaron los voluntarios y los soldados a rescatar a los vivos y sacar la cuenta de la magnitud del cataclismo, calcularon que bajo el lodo había más de veinte mil seres humanos y un número impreciso de bestias, pudriéndose en un caldo viscoso. También habían sido derrotados los bosques y los ríos y no quedaba a la vista sino un inmenso desierto de barro.

Cuando llamaron del Canal en la madrugada, Rolf Carlé y yo estábamos juntos. Salí de la cama aturdida de sueño y partí a preparar café mientras él se vestía de prisa. Colocó sus elementos de trabajo en la bolsa de lona verde que siempre llevaba, y nos despedimos como tantas otras veces. No tuve ningún presentimiento. Me quedé en la cocina sorbiendo mi café y planeando las horas sin él, segura de que al día siguiente estaría de regreso.

Fue de los primeros en llegar, porque mientras otros periodistas se acercaban a los bordes del pantano en jeeps, en bicicletas, a pie, abriéndose camino cada uno como mejor pudo, él contaba con el helicóptero de la televisión y pudo volar por encima del alud. En las pantallas aparecieron las escenas captadas por la cámara de su asistente, donde él se veía sumergido hasta las rodillas, con un micrófono en la mano, en medio de un alboroto de niños perdidos, de mutilados, de cadáveres y de ruinas. El relato nos llegó con su voz tranquila. Durante años lo había visto en los noticiarios, escarbando en batallas y catástrofes, sin que nada le detuviera, con una perseverancia temeraria, y siempre me asombró su actitud de calma ante el peligro y el sufrimiento, como si nada lograra sacudir su fortaleza ni desviar su curiosidad. El miedo parecía no rozarlo, pero él me había confesado que no era hombre valiente, ni mucho menos. Creo que el lente de la máquina tenía un efecto extraño en él, como si lo transportara a otro tiempo, desde el cual podía ver los acontecimientos sin participar realmente en ellos. Al conocerlo más comprendí que esa distancia ficticia lo mantenía a salvo de sus propias emociones.

Rolf Carlé estuvo desde el principio junto a Azucena. Filmó a los voluntarios que la descubrieron y a los primeros que intentaron aproximarse a ella, su cámara enfocaba con insistencia a la niña, su cara morena, sus grandes ojos desolados, la maraña compacta de su pelo. En ese lugar el fango era denso y había peligro de hundirse al pisar. Le lanzaron una cuerda, que ella no hizo empeño en agarrar, hasta que le gritaron que la cogiera, entonces sacó una mano y trató de moverse, pero en seguida se sumergió más. Rolf soltó su bolsa y el resto de su equipo y avanzó en el pantano, comentando para el micrófono de su ayudante que hacía frío y que ya comenzaba la pestilencia de los cadáveres.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la muchacha y ella le respondió con su nombre de flor—. No te muevas, Azucena —le ordenó Rolf Carlé y siguió hablándole sin pensar qué decía, sólo para distraerla, mientras se arrastraba lentamente con el barro hasta la cintura. El aire a su alrededor parecía tan turbio como el lodo.

Por ese lado no era posible acercarse, así es que retrocedió y fue a dar un rodeo por donde el terreno parecía más firme. Cuando al fin estuvo cerca tomó la cuerda y se la amarró bajo los brazos, para que pudieran izarla. Le sonrió con esa sonrisa suya que le achica los ojos y lo devuelve a la infancia, le dijo que todo iba bien, ya estaba con ella, en seguida la sacarían. Les hizo señas a los otros para que halaran, pero apenas se tensó la cuerda la muchacha gritó. Lo intentaron de nuevo y aparecieron sus hombros y sus brazos, pero no pudieron moverla más, estaba atascada. Alguien sugirió que tal vez tenía las piernas comprimidas entre las ruinas de su casa, y ella dijo que no eran sólo escombros, también la sujetaban los cuerpos de sus hermanos, aferrados a ella.

—No te preocupes, vamos a sacarte de aquí —le prometió Rolf. A pesar de las fallas de transmisión, noté que la voz se le quebraba y me sentí tanto más cerca de él por eso. Ella lo miró sin responder.

En las primeras horas Rolf Carlé agotó todos los recursos de su ingenio para rescatarla. Luchó con palos y cuerdas, pero cada tiron era un suplicio intolerable para la prisionera. Se le ocurrió hacer una palanca con unos palos, pero eso no dio resultado y tuvo que abandonar también esa idea. Consiguó un par de soldados

que trabajaron con él durante un rato, pero después lo dejaron solo, porque muchas otras víctimas reclamaban ayuda. La muchacha no podía moverse y apenas lograba respirar, pero no parecía desesperada, como si una resignación ancestral le permitiera leer su destino. El periodista, en cambio, estaba decidido a arrebatársela a la muerte. Le llevaron un neumático, que colocó bajo los brazos de ella como un salvavidas, y luego atravesó una tabla cerca del hoyo para apoyarse y así alcanzarla mejor. Como era imposible remover los escombros a ciegas, se sumergió un par de veces para explorar ese infierno, pero salió exasperado, cubierto de lodo, escupiendo piedras. Dedujo que se necesitaba una bomba para extraer el agua y envió a solicitarla por radio, pero volvieron con el mensaje de que no había transporte y no podían enviarla hasta la mañana siguiente.

—¡No podemos esperar tanto! —reclamó Rolf Carlé, pero en aquel zafarrancho nadie se detuvo a compadecerlo. Habrían de pasar todavía muchas horas más antes de que él aceptara que el tiempo se había estancado y que la realidad había sufrido una distorsión irremediable.

Un médico militar se acercó a examinar a los niños y afirmó que su corazón funcionaba bien y que si no se enfriaba demasiado podría resistir esa noche.

—Ten paciencia, Azucena, mañana traerán la bomba —trató de consolarla Rolf Carlé.

—No me dejes sola —le pidió ella. —No, claro que no. Les llevaron café y él se lo dio a la muchacha, sorbo a sorbo. El líquido caliente la animó y empezó a hablar de su pequeña vida, de su familia y de la escuela, de cómo era ese pedazo de mundo antes de que reventara el volcán. Tenía trece años y nunca había salido de los límites de su aldea. El periodista, sostenido por un optimismo prematuro, se convenció de que todo terminaría bien llegaría la bomba, extraerían el agua, quitarían los escombros y Azucena sería trasladada en helicóptero a un hospital, donde se repondría con rapidez y donde él podría visitarla llevándole regalos. Pensó que ya no tenía edad para muñecas y no supo qué le gustaría, tal vez un vestido. No entiendo mucho de mujeres, concluyó divertido, calculando que había tenido muchas en su vida, pero ninguna le había enseñado esos detalles. Para engañar las horas comenzó a contarle sus viajes y sus aventuras de cazador de noticias, y cuando se le agotaron los recuerdos echó mano de la imaginación para inventar cualquier cosa que pudiera distraerla. En algunos momentos ella dormitaba, pero él seguía hablándole en la oscuridad, para demostrarle que no se había ido y para vencer el acoso de la incertidumbre.

Ésa fue una larga noche.

A muchas millas de allí, yo observaba en una pantalla a Rolf Carlé y a la muchacha. No resistí la espera en la casa y me fui a la Televisión Nacional, donde muchas veces pasé noches enteras con él editando programas. Así estuve cerca suyo y pude asomarme a lo que vivió en esos tres días definitivos. Acudí a cuanta gente importante existe en la ciudad, a los senadores de la República, a los generales de las Fuerzas Armadas, al embajador norteamericano y al presidente de la Compañía de Petróleos, rogándoles por una bomba para extraer el barro, pero sólo obtuve vagas promesas. Empecé a pedirla con urgencia por radio y televisión, a ver si alguien podía ayudarnos. Entre llamadas corría al centro de recepción para no perder las imágenes del satélite, que llegaban a cada rato con nuevos detalles de la catástrofe. Mientras los periodistas seleccionaban las escenas de más impacto para el noticiario, yo buscaba aquellas donde aparecía el pozo de Azucena. La pantalla reducía el desastre a un solo plano y acentuaba la tremenda distancia que me separaba de Rolf Carlé, sin embargo yo estaba con él, cada padecimiento de la niña me dolía como a él, sentía su misma frustración, su misma impotencia. Ante la imposibilidad de comunicarme con él, se me ocurrió el recurso fantástico de concentrarme para alcanzarlo con la fuerza del pensamiento y así darle ánimo. Por momentos me aturdía en una frenética e inútil actividad, a ratos me agobiaba la lástima y me echaba a

llorar, y otras veces me vencía el cansancio y creía estar mirando por un telescopio la luz de una estrella muerta hace un millón de años.

En el primer noticiario de la mañana vi aquel infierno, donde flotaban cadáveres de hombres y animales arrastrados por las aguas de nuevos ríos, formados en una sola noche por la nieve derretida. Del lodo sobresalían las copas de algunos árboles y el campanario de una iglesia, donde varias personas habían encontrado refugio y esperaban con paciencia a los equipos de rescate. Centenares de soldados y de voluntarios de la Defensa Civil intentaban remover escombros en busca de los sobrevivientes, mientras largas filas de espectros en harapos esperaban su turno para un tazón de caldo. Las cadenas de radio informaron que sus teléfonos estaban congestionados por las llamadas de familias que ofrecían albergue a los niños huérfanos. Escaseaban el agua para beber, la gasolina y los alimentos. Los médicos, resignados a amputar miembros sin anestesia, reclamaban al menos sueros, analgésicos y antibióticos, pero la mayor parte de los caminos estaban interrumpidos y además la burocracia retardaba todo. Entretanto, el barro contaminado por los cadáveres en descomposición amenazaba de peste a los vivos.

Azucena temblaba apoyada en el neumático que la sostenía sobre la superficie. La inmovilidad y la tensión la habían debilitado mucho, pero se mantenía consciente y todavía hablaba con voz perceptible cuando le acercaban un micrófono. Su tono era humilde, como si estuviera pidiendo perdón por causar tantas molestias. Rolf Carlé tenía la barba crecida y sombras oscuras bajo los ojos, se veía agotado. Aun a esa enorme distancia pude percibir la calidad de ese cansancio, diferente a todas las fatigas anteriores de su vida. Había olvidado por completo la cámara, ya no podía mirar a la niña a través de un lente. Las imágenes que nos llegaban no eran de su asistente, sino de otros periodistas que se habían adueñado de Azucena, atribuyéndole la patética responsabilidad de encarnar el horror de lo ocurrido en ese lugar. Desde el amanecer Rolf se esforzó de nuevo por mover los obstáculos que retenían a la muchacha en esa tumba, pero disponía sólo de sus manos, no se atrevía a utilizar una herramienta, porque podía herirla. Le dio a Azucena la taza de papilla de maíz y plátano que distribuía el Ejército, pero ella la vomitó de inmediato. Acudió un médico y comprobó que estaba afiebrada, pero dijo que no se podía hacer mucho, los antibióticos estaban reservados para los casos de gangrena. También se acercó un sacerdote a bendecirla y colgarle al cuello una medalla de la Virgen. En la tarde empezó a caer una llovizna suave, persistente.

—El cielo está llorando —murmuró Azucena y se puso a llorar también.

—No te asustes —le suplicó Rolf—. Tienes que reservar tus fuerzas y mantenerte tranquila, todo saldrá bien, yo estoy contigo y te voy a sacar de aquí de alguna manera.

Volviéron los periodistas para fotografiarla y preguntarle las mismas cosas que ella ya no intentaba responder. Entretanto llegaban más equipos de televisión y cine, rollos de cables, cintas, películas, vídeos, lentes de precisión, grabadoras, consolas de sonido, luces, pantallas de reflejo, baterías y motores, cajas con repuestos, electricistas, técnicos de sonido y carnarógrafos, que enviaron el rostro de Azucena a millones de pantallas de todo el mundo. Y Rolf Carlé continuaba clamando por una bomba. El despliegue de recursos dio resultados y en la Televisión Nacional empezamos a recibir imágenes más claras y sonidos más nítidos, la distancia pareció acortarse de súbito y tuve la sensación atroz de que Azucena y Rolf se encontraban a mi lado, separados de mí por un vidrio irreductible. Pude seguir los acontecimientos hora a hora, supe cuánto hizo mi amigo por arrancar a la niña de su prisión y para ayudarla a soportar su calvario, escuché fragmentos de lo que hablaron y el resto pude adivinarlo, estuve presente cuando ella le enseñó a Rolf a rezar y cuando él la distrajo con los cuentos que yo le he contado en mil y una noches bajo el mosquitero blanco de nuestra cama.

Al caer la oscuridad del segundo día él procuró hacerla dormir con las viejas canciones de Austria aprendidas de su madre, pero ella estaba más allá del sueño. Pasaron gran parte de la noche hablando, los dos extenuados, hambrientos, sacudidos por el frío. Y entonces, poco a poco, se derribaron las firmes compuertas que retuvieron el pasado de Rolf Carlé durante muchos años, y el torrente de cuanto había ocultado en las capas más profundas y secretas de la memoria salió por fin, arrastrando a –su paso los obstáculos que por tanto tiempo habían bloqueado su conciencia. No todo pudo decírselo a Azucena, ella tal vez no sabía que había mundo más allá del mar nitiempo anterior al suyo, era incapaz de imaginar Europa en la época de la guerra, así es que no le contó de la derrota, ni de la tarde en que los rusos lo llevaron al campo de concentración para enterrar a los prisioneros muertos de hambre. ¿Para qué explicarle que los cuerpos desnudos, apilados como una montaña de leños, parecían de loza quebradiza? ¿Cómo hablarle de los hornos y las horcas a esa niña moribunda? Tampoco mencionó la noche en que vio a su madre desnuda, calzada con zapatos rojos de tacones de estilete, llorando de humillación. Muchas cosas se calló, pero en esas horas revivió por primera vez todo aquello que su mente había intentado borrar. Azucena le hizo entrega de su miedo y así, sin quererlo, obligó a Rolf a encontrarse con el suyo. Allí, junto a ese pozo maldito, a Rolf le fue imposible seguir huyendo de sí mismo y el terror visceral que marcó su infancia lo asaltó por sorpresa. Retrocedió a la edad de Azucena y más atrás, y se encontró como ella atrapado en un pozo sin salida, enterrado en vida, la cabeza a ras de suelo, vio juntos a su cara las botas y las piernas de su padre, quien se había quitado la correa de la cintura y la agitaba en el aire con un silbido inolvidable de víbora furiosa. El dolor lo invadió, intacto y preciso, como siempre estuvo agazapado en su mente. Volvió al armario donde su padre lo ponía bajo llave para castigarlo por faltas imaginarias y allí estuvo horas eternas con los ojos cerrados para no ver la oscuridad, los oídos tapados con las manos para no oír los latidos de su propio corazón, temblando, encogido como un animal. En la neblina de los recuerdos encontró a su hermana Katharina, una dulce criatura retardada que pasó la existencia escondida con la esperanza de que el padre olvidara la desgracia de su nacimiento. Se arrastró junto a ella bajo la mesa del comedor y allí ocultos tras un largo mantel blanco, los dos niños permanecieron abrazados, atentos a los pasos y a las voces. El olor de Katharina le llegó mezclado con el de su propio sudor, con los aromas de la cocina, ajo, sopa, pan recién horneado y con un hedor extraño de barro podrido. La mano de su hermana en la– suya, su jadeo asustado, el roce de su cabello salvaje en las mejillas, la expresión cándida de su mirada. Katharina, Katharina... surgió ante él flotando como una bandera, envuelta en el mantel blanco– convertido en mortaja, y pudo por fin llorar su muerte y la culpa de haberla abandonado. Comprendió entonces que sus hazañas de periodista, aquellas que tantos reconocimientos y tanta fama le había dado, eran sólo un intento de mantener bajo control su miedo más antiguo, mediante la treta de refugiarse detrás de un lente a ver si así la realidad le resultaba más tolerable. Enfrentaba riesgos desmesurados como ejercicio de coraje, entrenándose de día para vencer los monstruos que lo atormentaban de noche. Pero había llegado el instante de la verdad y ya no pudo seguir escapando de su pasado. Él era Azucena, estaba enterrado en el barro, su terror no era la emoción remota de una infancia casi olvidada, era una garra en la garganta. En el sofoco del llanto se le apareció su madre, vestida de gris y con su cartera de piel de cocodrilo apretada contra el regazo, tal como la viera por última vez en el muelle, cuando fue a despedirlo al barco en el cual él se embarcó para América. No venía a secarle las lágrimas, sino a decirle–que cogiera una pala, porque la guerra había terminado y ahora debían enterrar a los muertos.

–No– llores. Ya no me duele nada, estoy bien –le dijo Azucena al amanecer.

–No lloro por ti, lloro por mí, que me duele todo –sonrió Rolf Carlé.

En el valle del cataclismo comenzó el tercer día con una luz pálida entre nubarrones. El–Presidente de la República se trasladó a la zona y apareció en traje de campaña para confirmar que era la peor desgracia de

este siglo, el país estaba de duelo, las naciones hermanas habían ofrecido ayuda, se ordenaba estado de sitio, las Fuerzas Armadas serían inclementes, fusilarían sin trámites a quien fuera sorprendido robando o cometiendo otras fechorías. Agregó que era imposible sacar todos los cadáveres ni dar cuenta de los millares de desaparecidos, de modo que el valle completo se declaraba camposanto y los obispos vendrían a celebrar una misa solemne por las almas de las víctimas. Se dirigió a las carpas del Ejército, donde

se amontonaban los rescatados, para entregarles el alivio de promesas inciertas, y al improvisado hospital, para dar una palabra de aliento a los médicos y enfermeras, agotados por tantas horas de penurias. Enseguida se hizo conducir al lugar donde estaba Azucena, quien para entonces ya era célebre, porque su imagen había dado la vuelta al planeta. La saludó con su lánguida mano de estadista y los micrófonos registraron su voz conmovida y su acento paternal, cuando le dijo que su valor era un ejemplo para la patria. Rolf Carlé lo interrumpió para pedirle una bomba y él le aseguró que se ocuparía del asunto en persona. Alcancé a ver a Rolf por unos instantes, en cuclillas junto al pozo. En el noticiario de la tarde se encontraba en la misma postura: y yo, asomada a la pantalla como una adivina ante su bola de cristal, percibí que algo fundamental había cambiado en él, adiviné que durante la noche se habían desmoronado sus defensas y se había entregado al dolor, por fin vulnerable. Esa niña tocó una parte de su alma a la cual él mismo no había tenido acceso y que jamás compartió conmigo. Rolf quiso consolarla y fue Azucena quien le dio consuelo a él.

Me di cuenta del momento preciso en que Rolf dejó de luchar y se abandonó al tormento de vigilar la agonía de la muchacha. Yo estuve con ellos, tres días y dos noches, espiándolos al otro lado de la vida. Me encontraba allí cuando ella le dijo que en sus trece años nunca un muchacho la había querido y que era una lástima irse de este mundo sin conocer el amor, y él le aseguró que la amaba más de lo que jamás podría amar a nadie, más que a su madre y a su hermana, más que a todas las mujeres que habían dormido en sus brazos, más que a mí, su compañera, que daría cualquier cosa por estar atrapado en ese pozo en su lugar, que cambiaría su vida por la de ella, y vi cuando se inclinó sobre su pobre cabeza y la besó en la frente, agobiado por un sentimiento dulce y triste que no sabía nombrar. Sentí cómo en ese instante se salvaron ambos de la desesperanza, se desprendieron del lodo, se elevaron por encima de los buitres y de los helicópteros, volaron juntos sobre ese vasto pantano de podredumbre y lamentos. Y finalmente pudieron aceptar la muerte. Rolf Carlé rezó en silencio para que ella se muriera pronto, porque ya no era posible soportar tanto dolor.

Para entonces yo había conseguido una bomba y estaba en contacto con un general dispuesto a enviarla en la madrugada del día siguiente en un avión militar. Pero al anochecer de ese tercer día, bajo las implacables lámparas de cuarzo y los lentes de cien máquinas, Azucena se rindió, sus ojos perdidos en los de ese amigo que la había sostenido hasta el final. Rolf Carlé le quitó el salvavidas, le cerró los párpados, la retuvo apretada contra su pecho por unos minutos y después la soltó. Ella se hundió lentamente, una flor en el barro. Estás de vuelta conmigo, pero ya no eres el mismo hombre. A menudo te acompaño al Canal y vemos de nuevo los videos de Azucena, los estudias con atención, buscando algo que pudiste haber hecho para salvarla y no se te ocurrió a tiempo. O tal vez los examinas para verte como en un espejo, desnudo. Tus cámaras están abandonadas en un armario, no escribes ni cantas, te queda durante horas sentado ante la ventana mirando las montañas. A tu lado, yo espero que completes el viaje hacia el interior de ti mismo y te cures de las viejas heridas. Sé que cuando regreses de tus pesadillas caminaremos otra vez de la mano, como antes.

Acerca del autor: Isabel Allende Llona (Lima, Perú, 2 de agosto de 1942) es una escritora chilena, premio nacional de literatura 2010.

Actividad

-Recuperar información

Dar respuestas a las siguientes preguntas acerca del texto:

- ¿A qué clase de texto pertenece cada uno?
- ¿Quién es el autor de cada texto?
- ¿Cuál es el tema de cada texto?
- ¿Cuál es la intención de cada texto?
- ¿Cuál es el personaje central de cada historia?
- ¿En qué lugar y en qué época son relatados los hechos?
- ¿Qué otro aspecto puedes contar de la o las historias?
- En una tabla establezca similitudes y diferencias entre los dos textos presentados.

Interpretar

- Realice tres preguntas que surjan después de realizada la lectura de los textos y que no aparezca en el paso dos y que pueda responder desde el texto.

Reflexionar desde el texto y relacionarlo con sus experiencias

- Pregunte a sus familiares mayores si recuerdan algo acerca de ese hecho que se narra en la noticia y escriba la versión que le cuentan

Evaluar la experiencia personal

- Cada estudiante debe hacer una lista de las novedades encontradas y completar las siguientes afirmaciones:
 - Esta actividad fue o no importante porque_____
 - La labor desarrollada muestra comprensión sobre_____
 - Logramos o no finalizar la actividad porque_____
 - Lo que resaltamos de la actividad es_____ -
 - Tanto en el proceso como en el resultado de la actividad merezco una nota de_____ porque_____ -

Las distintas etapas de la actividad están expresadas, como en toda aventura, en forma de pruebas: No es posible iniciar una prueba sin haber superado la anterior. *Y que te guíen estos versos de Juan Ramón Jiménez: ¡No corras, ve despacio, que adonde tienes que ir es a ti solo!*

